



NUM. 5

TOLEDO

Junio, 1985

Edita: Tertulia Calandrajás - Plaza Buzones, 2

Caución de amor desde lejos

Toledo en mi corazón
y en mi soledad tus ojos.
¿Memoria de qué, mi amor?

¿Memoria de qué batalla,
ganada en pie dura almema,
levantada en pie manáana?

Madrugado el castillo,
dormido el río en la vega
y tú soñando conmigo.

Para decirte, mi amor,
donde supier en tus caminos,
a Toledo he de volver
con tus ojos por testigo.

Del libro "Toledo"

José García Nieto
José García Nieto

EL CUENTO DE UNA BOTA Y UNA LATA

— ¡Apártate, que voy de viaje!

Dijo una lata herrumbrosa con restos de etiqueta pegada, enseñando sus carnes que fueron de latón, a una bota de cuero tenso, inflexible y abierta. Su boca enseñaba una lengüeta arrugada.

— ¿De viaje tú?

— Sí, de viaje. ¿No ves que está de llover? ¿O es que crees que yo no puedo viajar?

— ¡Déjame que me ría, lata! ¡Qué sabrás tú de viajar! Yo, yo he pisado veinte países, iglesias, catedrales, museos y hasta un campo de fútbol. Yo sí sé lo que es viajar, pisar finas alfombras, moquetas, suelos vidriados y pulidos. ¡Ah qué gusto!

— ¡Para, bota, para! Baja de la nube. ¡Eeeeeeh! Que estás donde yo, en el arroyo, junto con esa cocina que se pudre, esos restos de sombrero, esa botella de cerveza y toda esta basura de la que formamos parte.

— ¿Basura?

— ¡Sí, basura, entérate bien, ba, su, ra!

— Yo me perdí, no me tiraron como a ti, lata inmunda.

— ¡Mirad muchachos! Se perdió la señora bota. Ja, ja, ja. Mira bota, cómo tengo los lados hundidos de tanto rodar y a través de mi triste historia me he encontrado con otras compañeras tuyas, también “perdidas” que acabaron sus sucios y malolientes días entre el cieno y las piedras de este arroyo. ¡Lo mismo que te ocurrirá a ti!

— Entérate lata, yo soy una bota utilizable todavía, cada vez que pasa alguien por el camino, me miran, me tocan. . .

— Y te dan una patada como a mí.

— . . . y miran a su alrededor por si ven a mi hermana. ¡Todavía soy útil, latucha!

— A ti no hay quien te quiera, botita. Estás sola, sin compañía, como no te quiera un cojo. . . ja, ja, ja.

— ¡Cállate y déjame en paz!

Pasaron unos niños y vieron la bota. Uno de ellos se la probó.

¡Qué sensación de alivio sintió al contacto del calcetín roto del chaval!

Se aferró al pie con todas sus fuerzas. Sintió golpear la lata con la puntera.

Subía, bajaba, se balanceaba. Pisaba fuerte en los charcos. A todos sacaba su fea lengua. ¡Estaba viviendo!

De pronto sintió las manos del niño.

— ¿Qué haces?

Intentaba quitársela.

— ¡No, por favor! Sigue conmigo, sigue. . .

— ¡Maldita bota! Y ahora empieza a llover.

Forcejearon bota y niño. Al fin éste se libró de ella y poniéndose su calzado en uso, corrió junto a los otros niños.



DIBUJO: DELGADO ESPINOSA

La bota quedó en el camino. Ya la lluvia formaba charcos, picados por su gotear continuo.

Miró a la lata un poco más abollada.

— Perdonata, yo. . .

— ¡Oh! la basura educada. ¿Tú crees que me has hecho daño? Soy insensible, pero estoy viva y me iré de aquí. Sí, mira el arroyo, ya corre, pronto llevará

más agua. Yo flotaré y me alejaré para no veros más. Y tú, bota, ahí en medio del camino, verás cuando se forme barro donde irán tus catedrales, alfombras y museos. . .

— Eres joven lata, y ya estás herrabunda, tu propio vehículo te lleva a la muerte. El agua te picará más y más y acabarás como todos. Aquí en medio del camino y sin función me espera un puntapié. ¿Pero no he servido más y mejor que tú al hombre? El me hizo, y él no me necesita, éste es nuestro destino.

— Se nos ha vuelto filosófica la presumida bota. ¡Mira, mira, ya me muevo! ¡Ya me voy! Adiós bota, ahí te quedas. Ahora viajo yo. Adiosoooo. La bota se quedó mirando desde el centro de un charco de agua marrón y cenagosa cómo aumentaba el caudal del arroyo.

La lata rodaba y se alejaba con el agua. La bota inmóvil, irregular, llena de agua y barro la miraba.

Ya casi la había perdido de vista. El poco brillo metálico la identificaba entre las mecidas aguas que corrían hacia un puentecillo donde los niños empapados seguían con sus juegos.

— ¡Mirad una lata flotando!

— ¡Es un barco enemigo!

— ¡Muchachos al ataque!

Comenzaron a llover piedras, la lata se movía, la movía la corriente acercándola al puentecillo, donde los “artilleros” disparaban piedras y más piedras. Primero cayó una dentro, luego otra. Aún se mantenía. Al pasar por la vertical del puente, se le vino encima un pedrusco que la hundió hasta el fondo, donde la atropellaron piedras y barro que arrastraba el arroyo.

¿Y la bota?

La bota. . . pasó sobre ella un tractor acabando con su podrida estructura.

Es el destino de los residuos, apartados y tirados, inservibles y perdidos entre el limo y el agua torrencial. Cuando salga el sol y el arroyo no lleve agua y el charco se seque, limpiarán el cauce y la calle, formarán un montón de todo un poco, y al terraplen de turno.

Adiós lata, adiós bota.

Ventura Leblic García

RECUERDOS

DE MI ESTIMADO AMIGO JUAN

Andando por las estrechas, angostas y empinadas calles de esta pequeña y mágica ciudad, me detengo un momento para descansar, me siento en una gran puerta, la cual, en su día, debió de ser el preámbulo de una noble mansión.

Si hay algo que se respira en el ambiente, indescriptible, quizás sea un sentimiento melancólico de la grandeza del pasado.

Sí, creo que es eso.

Absorto en mi contemplación, veo recortarse, en un oscuro y estrecho pasillo de una casa cercana, la figura encorvada y baja de estatura de un anciano. Me quedé contemplando el pasillo. Al principio sólo podía distinguir la figura de dicho anciano, terminando, a los pocos minutos, por apreciar la monotonía y seguridad de sus pasos.

Cuando lo vi, algo dentro de mí me dijo que no era un anciano más.

Ese anciano era Juan y para mí eso era bastante.

Me acerqué a él con la mediocre y mundana intención de pedirle un cigarrillo.

Como contraposición (?) a mi petición, Juan me respondió con una frase. Sí, era una frase humilde dicha por un hombre humilde.

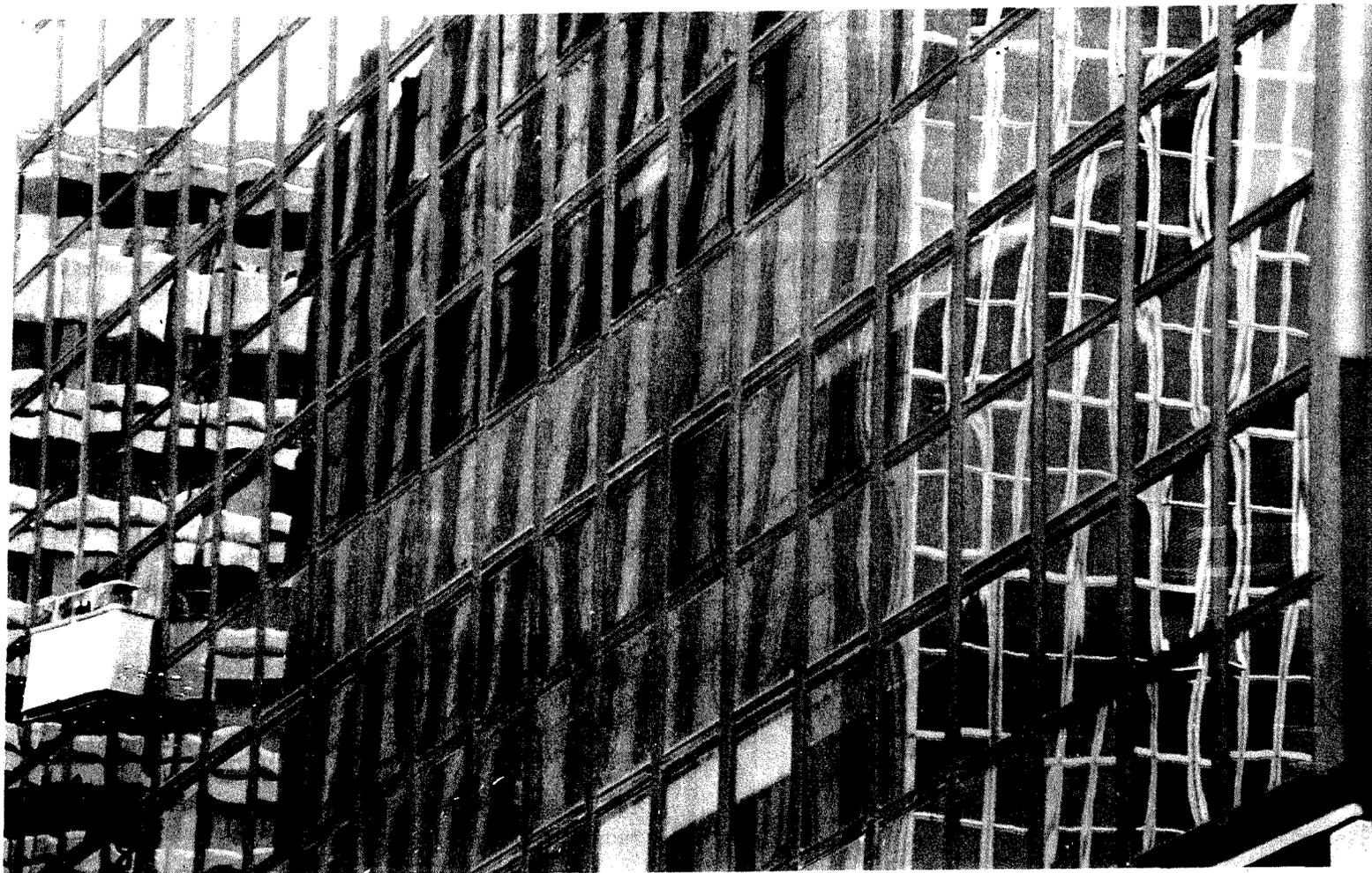
—Un cigarrillo y un cacho de pan no se niega a nadie, hombre, respondió Juan cuando se metía la mano con un temblor simpático en el amplio bolsillo de su chaqueta, sacando un gran paquete de tabaco picado, el cual decía Juan que le había comprado su nuera a disgusto, ya que se lo había prohibido el médico por la edad tan avanzada que tenía.

Me puso un poco de dicho tabaco en la mano, terminando por darme un papelillo para completar ese famoso cigarrillo. Estuve con Juan sólo el tiempo que tardó en consumirse el cigarrillo.

Le pregunté: ¿Juan, tú qué has hecho?

Y Juan me contestó diciendo: ¿por qué en lugar de preguntarme lo que he hecho no me preguntas lo que todavía me queda por hacer?

M.A. Menéndez López



Hay gente para todo. Les hay que tienen un caniche, algunos un periquito, quien más quien menos un geranio. Yo, además de una gata y un canario, tengo una Maniya, una Miranda y una Pentax, además de mi querida Retinete que hace tiempo pasó a la reserva activa.

Otros tienen una forma de ver las cosas, la mar de oscuras y borrosas y en su lógico afán de enmendarlas, se embarcan en cada aventura que dan miedo, embarcándonos a veces sin quererlo a los demás.

El otro día, sacando a pasear a mi Maniya y a mi Pentax, la Miranda se quedó en casa descansando, me encontré con uno de esos hombres, que en su frágil navecilla pretendía enderezar aquello que veía torcido.

Cuál no sería el espectáculo que estaba dando, que mi Pentax, la más nerviosa de todas, empezó a mover ruedas y tambores y le hizo una fotografía.

Yo mientras tanto pensaba: ¿No se dará cuenta de que está luchando contra lo absurdo? ¿No pensará, que si llevara razón, alguien más que él estaría empeñado en la misma tarea? ¿No se dará cuenta de que si vuelve la vista atrás, verá que todo es normal, que son distorsiones, que las cosas no son tan malas como a veces las vemos?

Me aburrí de esperar su reacción. El siguió erre que erre, yo cogí a mi Maniya y a mi Pentax, las metí en el macuto y me fui camino del laboratorio.

Carrero



LA CERAMICA TALAVERANA

Talavera de la Reina es una ciudad que ha superado su peso histórico para hacerse ciudad industrial y comercial, sabiendo proporcionar de todo lo que necesita al que a ella viene. Desde 1294, por concesión de Sancho IV, Talavera goza de feria de ganados. Los días 1 y 15 de cada mes, su alameda se puebla de animales para ser vendidos. Talavera fue Aebura para los carpetanos; Caesarobriga, para los romanos; Eborá, para los godos; Talavaira, para los moros; Talavera de la Reina, al ser donada a doña María de Portugal por su esposo Alfonso XI. En 1369, Don Gómez Manrique, Arzobispo de Toledo, recibe el señorío sobre la villa de Talavera y su tierra. Aunque en realidad fue un cambio, ya

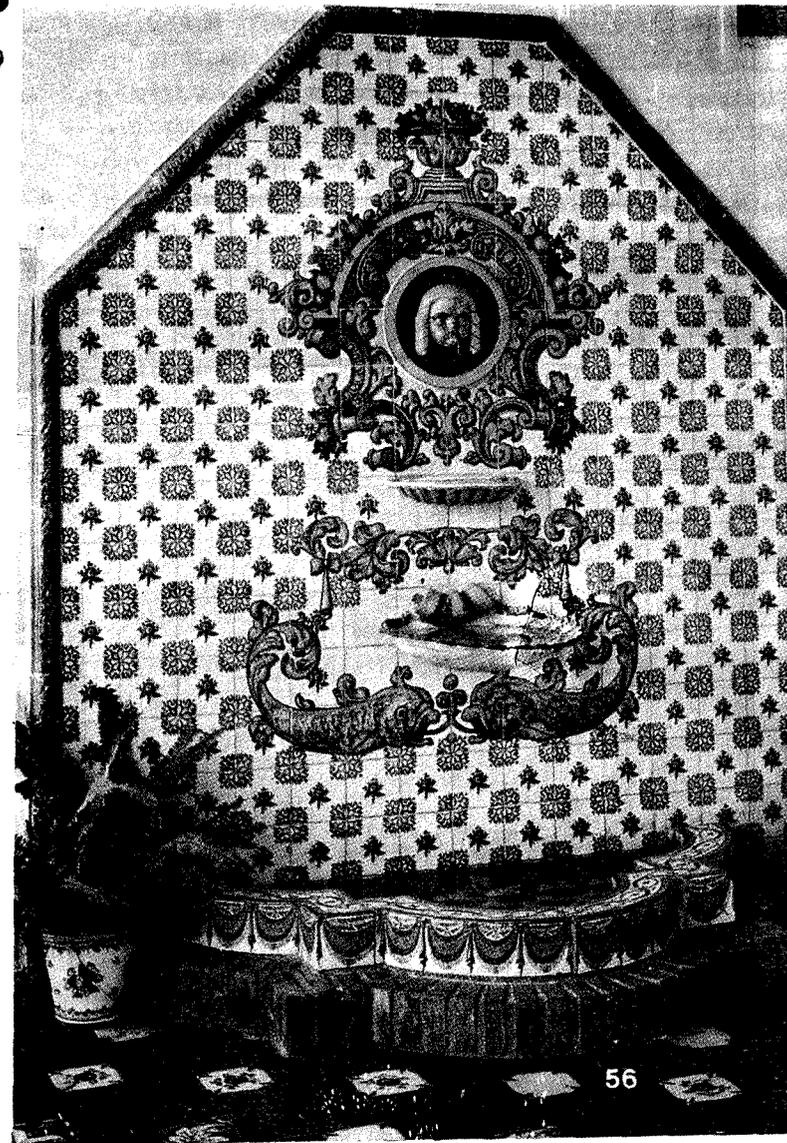
que el arzobispo tuvo que ceder, en favor de la reina, la villa y tierra de Alcaraz. Sin embargo, aunque dependía de los Cardenales de Toledo, Talavera siguió con el sobrenombre de la Reina. Pero la tradición de su quehacer alfarero le ha dado el sobrenombre de CIUDAD DE LA CERAMICA.

La cerámica en Talavera adquiere nombre propio en el siglo XVI. La cerámica anterior a esta fecha quizá formaba una unidad con la de Toledo, sobre todo en la azulejería de cuerda seca y arista, imitando a Manises en la loza pintada. Conocemos sólo el nombre de dos alfareros de Talavera: Vicente Ben Sais y Ayub Ben Jobat, en el año 1182.

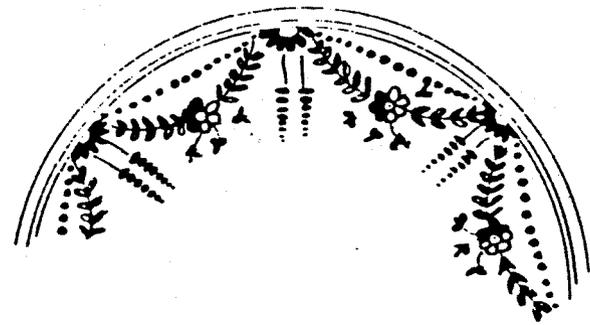


Tema del CHAPARRO (Dib. A. Santa Cruz)

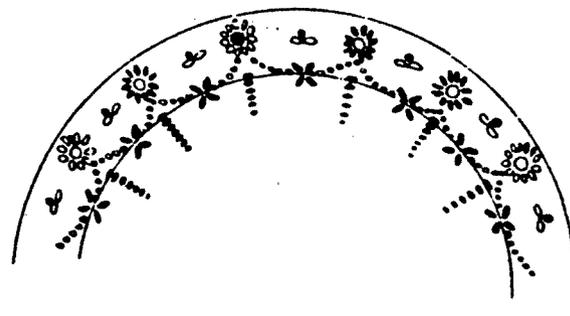
La cerámica de Talavera en tiempos de Carlos V es mudéjar, pero durante el reinado de Felipe II se hace renacentista. El interés que Felipe II demostró hacia Talavera se deduce de que Jan Floris venga, por mandato del rey, a hacer su obra a Talavera y que elija a esta ciudad para que Jerónimo Montero, alfarero sevillano, realice unas pruebas, el 21 de noviembre de 1566, siendo éste el que introduce la cerámica de tipo "esponjada". El interés de Felipe II por la cerámica de Talavera fue una de las causas del engrandecimiento del quehacer alfarero en la ciudad.



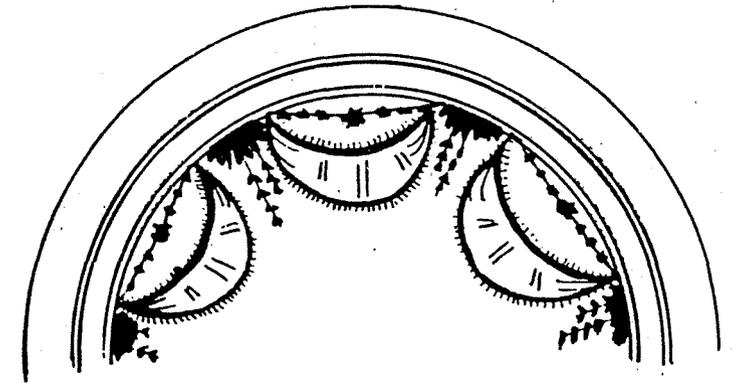
Durante la segunda mitad del siglo XVI y todo el XVII se fabricó la serie "tricolor", serie decorada con azul, naranja y manganeso. Los dibujos son trazados con negro de manganeso, relleno con azul y con el naranja en forma de rayado o cuadrículado. No se hace distinción entre borde y centro; todo el adorno forma una unidad, predominando los temas de arquitectura, con rasgos orientales, cúpulas bulbosas, tejados volados. Por primera vez se usa la figura humana en la cerámica de Talavera, una figura caricaturesca, representando al soldado de Flandes, bustos con resabios renacentistas. Es en este siglo cuando Talavera, por la calidad y cantidad de alfares, comienza a ser la ciudad de la cerámica.



Tema de GUIRNALDAS. (Dib. A. Santa Cruz)



causas que se agolpan a este hecho: la fundación de la fábrica de Alcora en 1727, la subida del precio del plomo, estaño y azul, la disminución de la venta. Y aunque los reyes Felipe V y Carlos III intentaron paliar estos problemas con privilegios, no consiguieron rehacer el esplendor de la producción. Es en este siglo, el XVIII, cuando comienzan las series de "guirnaldas" y "pabellones". Guirnaldas florales derivadas del tipo Olerys, aunque en Talavera se agrandan y muchas veces conjugan diversos colores. Cuando estas guirnaldas se convirtieron en cortinas, tomaron el nombre de pabellones. De esta época son las jarras de "bola", con el asa retorcida, hendiduras agallonadas en el cuello y en la parte inferior de la panza. También es de influen-



Tema de PABELLONES. (Dib. Alberto Santa Cruz)

En el siglo XVII y primer tercio del XVIII, un azul pálido se hace vuelo en forma de golondrina; es la conocida serie chinesca o de las golondrinas. La decoración es una orla de hoja de palma unas veces; otras tiene el helecho por motivo; en el centro, una o dos golondrinas o patos junto a un matorral. Esta influencia de ornamentación china llega a Portugal y de Portugal pasa a Talavera y Puente del Arzobispo.

En el siglo XVIII, desde 1730, la loza de Talavera cambia su semblante, pierde su raigambre tradicional y busca otros soles, no inferiores; distintos. Las

cia alcoveña, la cenefa menuda y delicada, que tomó el nombre de "puntilla Berain". El tema del chaparro con un puente, un río y un árbol con dos ramas y tres manzanas que desbordan, en tamaño, el conjunto. Popular se hizo el tema del ramito, era éste la soledad polícroma de unas flores en el centro del plato o de la jarra, dejando en los bordes unos esquemáticos trazos que quieren sugerir la puntilla Berain.

En el siglo XIX la cerámica decae y tan sólo pervive en el alfar de Romualda Martínez, conocida con el nombre de "La Menora". Durante el siglo XX, el ba-

rrero despereza su olvido y comienza su renacer con las fábricas de Ruiz de Luna y El Carmen, renacer que aún se aprecia en la abundancia de fábricas que tiene Talavera.

Talavera no es una página en el tiempo, donde el color ha dejado su huella. Talavera sigue siendo alfarera. El barro asciende buscando la forma y el pincel sigue iluminando superficies. Hoy, como lo fue en otro tiempo, Talavera es la CIUDAD DE LA CERAMICA.

Angel Ballesteros Gallardo

PARMENIDES VISITA, EN TOLEDO, LA TUMBA DE GARCILASO

Parménides —el eleata, que ha habido otros, aunque no tan lúcidos— no había podido venir a Toledo hasta ahora. Son cosas que nunca se han dicho, pero tenemos que dejar aparte estúpidos temores y decir de una vez —decir muy claro— que no había podido venir



FOTO: ROBERTO SAN JOSE

a Toledo por motivos políticos. Había estado en Barcelona y en Logroño, que le parecieron, por cierto, muy provincianas. Su ilusión por venir a Toledo tenía triple raíz y se nutría de tres fuentes: Garcilaso, que le anunció el Tajo; Bécquer, que le sugirió el misterio, y el Padre Gracián —el Padre Gracián, sobre todo—, que le había encendido el deseo de verla, con aquellas escuetas y decisivas frases de *El Criticón* (*Toledo, taller de la discreción, escuela del bien hablar, toda corte, ciudad toda. . .*) Hay que decir también, antes de pasar adelante, dejando otra vez de lado el miedo a ser indiscretos, que el viejo Parménides ha tenido siempre devoción por los jesuitas. Hoy, es uno de los grandes especialistas en Gracián, junto a un profesor de Dakota del Sur y a una señorita de Burdeos.

—A través de quien quieras, pero eres hijo mío, dijo el eleata cuando se encontró delante de la tumba de Garcilaso. A través de quien quieras. . .

Cuando llegó a Toledo tardó mucho en encontrar alguien que le dijera dónde estaba enterrado el poeta. El viejo Parménides, en su inocencia, había imaginado que los toledanos de hoy serían devotos al recuerdo del mayor poeta español que vieron los tiempos, que el lugar donde reposa —hermosísimo le pareció, por cierto— sería un santuario de peregrinación.

—No viene nadie, le comentó el poeta caballero. Algunas veces celebran en la iglesia exposiciones o cosas políticas, pero no se acercan a esta capilla. . . Y yo lo agradezco; se está mejor así. . .

—Oh Garcilaso, amigo, hijo mío. Estás igual que siempre, permaneces, feliz tú.

*(Allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte a la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho)*

—Pero los castellanos son otra cosa. No se acuerdan de nada. Tienen una memoria senil.

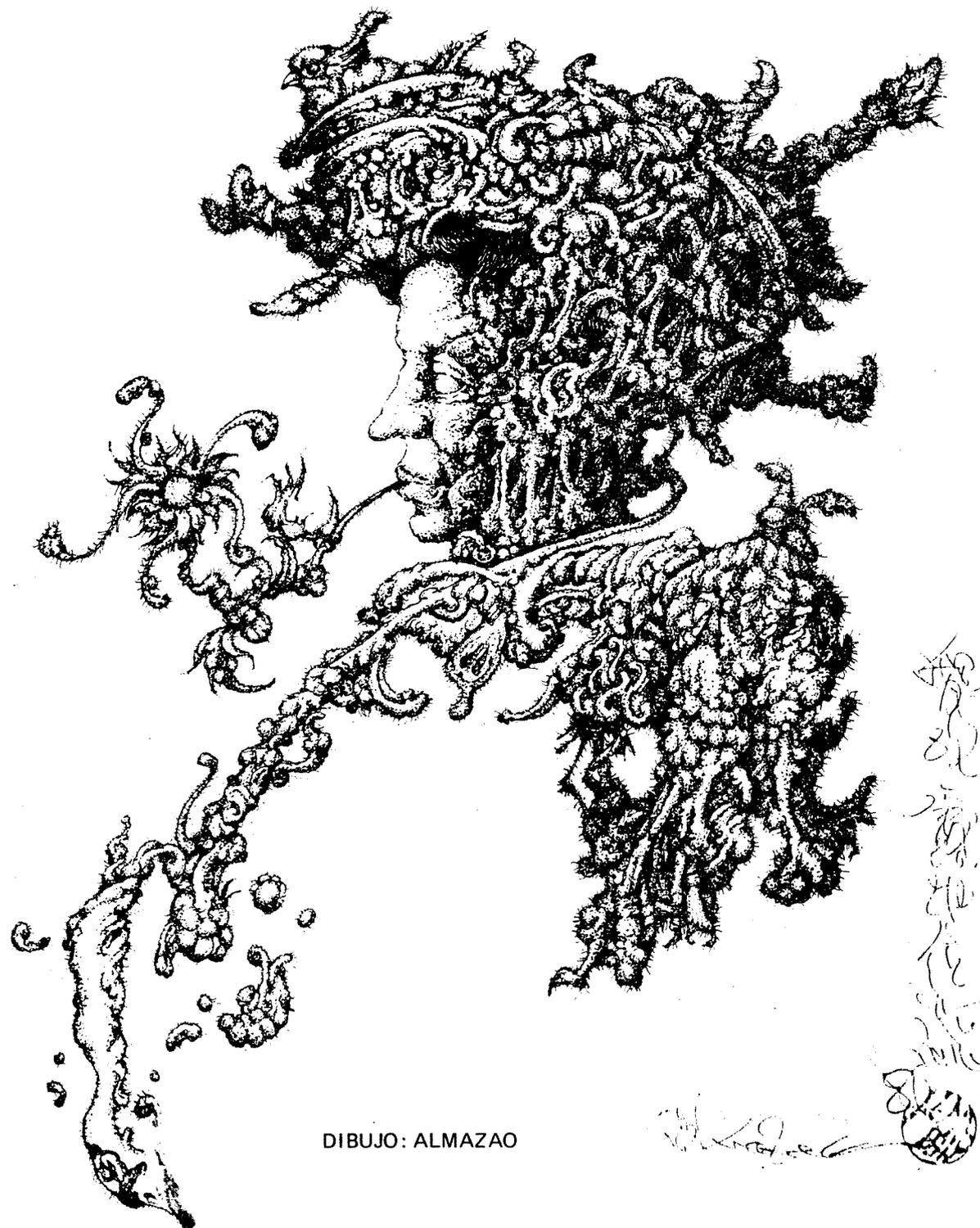
Hablaban los dos en toscano del siglo XVI, que tiende de modo natural al endecasílabo. Llegó la tarde y dijo Garcilaso:

—Vaya usted, viejo maestro del mundo, vaya usted a ver Toledo desde las lomas de San Bernardo. Vaya usted humildemente, como acostumbra, y se dará cuenta de que, contra toda sospecha, aún le quedaban muchas cosas por aprender.

Jesús Cobo



DIBUJO: OHNUMA



DIBUJO: ALMAZAO

TU ENORME CORAZON ABIERTO Y ANCHO

*Tu enorme corazón abierto y ancho,
—amigo de mi alma, viejo amigo—
que regaba de amor tu vasto mundo
hoy ha roto su ritmo
y se estremece
mortalmente dañado y malherido.*

*Nunca pude adivinarte triste,
nunca pude imaginarte hundido,
postrado en la penumbra fría y trágica
de este blanco hospital desconocido.*

*Te recordaba lleno de alegría,
con esa fortaleza de granito
capaz de echarte al hombro, como un Atlas,
una montaña entera de conflictos.*

*Te recordaba así, como un gigante;
riendo divertido
de todas las minúsculas ruindades
de este mundo mezquino.*

*No quiero verte aquí desarbolado
y en el lecho tendido
como un álamo negro de tus campos
por el rayo abatido.*

*Tu corazón no puede ser de carne
con ese generoso contenido
con tanto amor llenando las arterias.
No puede estar vencido
como un despojo más que va dejando
la muerte en su camino.*

*¡Lucha otra vez, rebélate a la noche;
no aceptes el oscuro veredicto!
Hazlo por la amistad y la esperanza
que tanto tiempo nos mantuvo unidos;
renace de tus últimas cenizas,
¡no te mueras amigo!*

Gonzalo Payó.



te guardaré hasta que un
mao y este papel en la
de mi día cuando en
la tierra, y tú volverás
como vuelan los pájaros
mas

Cuando me paro en este
mundo de ir para allá
causado y temiendo, y veo
tus ojos, tan fuertes, como de
una niña inocente que pre-
gunta, por que en las cosas
o no, que yo los pienso y no
te doy solución, por que los dos
sabemos conviene de las cosas.
Solo nuestro amor en lo mas alto
to, como el mas bonito gallardo

Te diré que heces como una flor que luchas, y no preguntas, ni us que nos
entre las cuatro estaciones por vivir, que yo soy el fruto de vida,
variable como el aire de estos paisajes que te
he enseñado, pero te pides a mi por mis manos
te marchiten, pero te ~~parece~~ como el **Thomas F. Peres** (50
vicio que come cuando te ~~volvado~~ una
flor.

Calandragas

PAPELES DE ARTE, PENSAMIENTO

Y DEMAS COSAS

TOLEDO

Suplemento al número 5
Junio 1985

LAS NOCHES ALEGRES Y LOS DIAS TRISTES

por Francisco del PUERTO ALMAZAN.

I

Tú, tranquilo: todo irá bien. Cerrarás la puerta de tu casa como todos los días, descubrirás la limpieza del aire, como si fuera la primera vez que lo adviertes, verás el sol limpio, dominando un cielo claro y azul, ascendiendo sin dificultad alguna, te sentirás feliz, al aspirar el fresco aroma de la mañana, la mirada mansa, la sonrisa mansa, libre y desenvuelto el andar, el corazón suavemente excitado, discretamente, conteniendo una alegría espontánea, gratuita, inexplicable, tal vez difícil de racionalizar.

Nunca habías pensado que vives en una de las numerosas colinas que forman la gran montaña de la ciudad, una ciudad que se desborda en barranqueras súbitas al río que la ciñe, colinas revestidas de una geometría arquitectónica de la que el tiempo, también el abandono o la desidia, la pobreza de sus habitantes ha requisado sus aristas, su rigidez hasta recordar arcaicas colmenas ajadas, pero hermosas en su ruina. También un mirador perfecto: la cascada inmóvil de los tejados, ventanas, balcones, balconeras, campanarios, campaniles, espadañas, miradores inverosímiles, abandonadas chimeneas, diminutos torreones habitados por las palomas o los tordos y vencejos que, a esta hora, renuevan el aire, comprueban la dimensión vacía del espacio que nos separa del azul último, árboles: altas acacias o cipreses que asoman, sobre las tapias de los jardines o en los desahogós de pequeñas plazas, su verdor más tierno y elevado, altivos muros dulcificados por perenne yedra.

Huele a primavera, en una ciudad tan vieja huele a primavera, porque un viento suave, protegido por el frescor de las sombras que las paredes y mansiones antiguas tan juntas consiguen, se mueve; va y viene, a veces con fervor apresurado, otras, calmo, para recuperar su finísima emoción anterior, va y viene, lleva y trae el olor de los granados, de las flores rojas y delicadas de los granados que la rodean, de los gozosos almendros y albaricoques de sus jardines, de las celindas, de los lilos tempranamente

florecidos, de los jazmineros árabes tan viejos y siempre tan recientes con sus puntitas de luz y aroma, va y viene el aire.

En tu cama ha quedado dormida una mujer, una mujer joven y hermosa; y, seguramente, este aire aromado, de luz definitivamente abierta, rozará, envolviendo, su cuerpo hasta despertarle, adentrándose por la ventana que acabas de abrir; y si no, será el campánillo del convento cercano, quizá alguna vecina que cante mientras cumple con sus primeras labores caseras. A media mañana, le llamarás desde la oficina y su voz sensual, tan dulce por teléfono, te regalará cualquier idea agradable, cualquier pensamiento agradable, te dirá, por ejemplo, que la casa está esperándote, llena de sombras y de luz para que elijas, oreada y abierta, esperándote.

II

—No volveré a casa.

—¿Qué dices?

—No volveré a casa, me da miedo tanta felicidad. De la noche a la mañana, la oficina ya no es la oficina, la mesa ya no tiene los desesperantes y farragosos papeles de siempre, sino libros de poetas árabes y orientales; me he puesto a leer y no salgo de mi asombro; mi espíritu está trastornado por su belleza y sensualidad. Marta estaba abriendo la ventana cuando entré y no era el patio lo que desde allí se veía, el triste patio gris, sólo adornado con las tuberías de siempre, húmedo y sombrío como un pozo, sino un espléndido jardín, donde se oye el incesante gorjeo de los pájaros, con un magnolio alto, frondosísimo y cercano del que Marta ha podido alcanzar, con facilidad, algunas flores y colocarlas encima de las mesas, flores que impregnan la habitación de un olor enajenante. ¿Tú estás bien?

—Sí, claro, yo estoy bien, ¿por qué no voy a estarlo? Dentro de un rato voy a salir a la compra. La radio repite las noticias de siempre, las canciones de siempre. Maruja canta como todos los días y su niño pequeño no debe de haber ido al colegio, porque se le oye llorar. Eres tú el que está contando cosas extrañísimas.

—¿Tú crees que esto es un sueño?

—Yo creo que te estás quedando conmigo, pobre mujer de su casa, que tiene que limpiar todo, lavar la ropa, hacer las camas, salir a la compra, preparar la comida, planchar tus camisas y esperarte como una tonta un día más. ¿Te apetece el caviar?

—Nunca lo he probado; pero no me pongas trampas, no me tientes con placeres exóticos, aunque sean gastronómicos, no pienso volver a casa.

—Al menos te traeré un sucedáneo para que te lo imagines, ¿te parece bien?

—María.

—¿Qué?

—Ten cuidado cuando salgas, por la calle, en el mercado, que tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Tengo miedo de que nos pase algo, de que te pase algo; desde el momento que salí esta mañana de casa, tengo miedo, y no sabría explicarte, es como un presentimiento, y, a ratos, como si todo me ahogara con un temor desacostumbrado, no sabría explicártelo.

—Por favor, Jaime, no digas tonterías.

—Está bien, no diré tonterías, pero trabajo con mucha dificultad, nada me sale bien, debe ser mi día tonto y no hay nada especial en torno a mí a lo que pueda echar la culpa, es como un presentimiento que me inquieta.

—Jaime, por Dios, deja de preocuparme, deja de decir bobadas; ahora colgarás, seguirás con tu trabajo y yo me quedaré con esa desazón sin otro motivo que cuatro tonterías que se te han ocurrido de golpe.

—Tranquilízate, es una broma.

—No es una broma; o sí lo es: es una broma de mal gusto.

—Perdona, bonita, no he querido inquietarte.

—Pues lo has conseguido . . . lo has conseguido. Adiós.

—Oye, por favor.

III

Tendrás que marcar, de nuevo, el número; tendrás que decir que no sientes lo que sientes, que te perdone, tendrás que tranquilizar a tu mujer. Guarda en tu armario tus aprensiones, bobo.

Tendrás que llamar ya, antes que salga a la compra. Venga, llama.

No atiende al teléfono. Habrá salido. Habrá salido con furia, cogiendo la chaqueta al vuelo, el bolso al vuelo, el monedero al vuelo, quizá no ha querido ni mirarse en el espejo, la creo capaz de esa furia instintiva; aunque no es su estilo, también la tiene dentro. La paz siempre esconde el germen de la violencia, como la violencia guarda dentro la forma contraria de resolverse. Habrá salido hecha una furia, ciega de rabia contra mí, precipitándose por la escalera.

¿Precipitándose por la escalera? ¿Por la vieja y peligrosa escalera de nuestra casa! ¡Qué cosas pienso! pero, ¿por qué se va a caer rodando por la escalera? ¿Por qué va a dar la casualidad de que se caiga y quede parapléjica para toda la vida? ¡Ay!

Pasearte en un carrito, mirándote siempre como una acusación, subirte a la cama, bajarte de la cama a la silla de grandes ruedas, sacarte por las tardes al campo, como Antonio a Leonor, anotando en mi cartera la gracia verdecida de un olmo viejo, hendido por el rayo y en su mitad podrido, ten cuidado, pasearte en un carrito sin hablar, casi sin hablar, disimulando el aburrimiento, el despecho de tu invalidez, engañarnos uno a otro nuestros verdaderos sentimientos para toda la vida ya que el amor difícilmente puede sostenerse desde la piedad o la culpa, pero no, no te dejaría, no te abandonaría jamás, alguna nueva forma de vivir, de queremos vendría en nuestra ayuda. ¿Y por qué vas a caerte rodando, Dios mío? ¿Por qué pienso estas cosas?

El teléfono suena y suena y no lo coge nadie.

Es normal. Ha salido a la compra; estoy haciendo el tonto con llamar, sabiendo que ha salido. Soy un imbécil. Ahora estará pensando: este hombre es idiota, y me lo merezco, estará pensando en el monumento a la memez que le ha tocado en suerte en esta vida, mientras espera que le sirvan la carne o pasea por el mercado, qué compro, adiós fulanita, tengo que llevarme tomates, no compraré tomates, que se fastidie el muy cerdo, y ahora me voy a la cafetería a tomar un café, a fumarme un cigarrillo tranquilamente, a mirar a los otros hombres, a que me miren. Es que se lo merece este tonto del bote; seguro que está pensando estas cosas, seguro que está furiosa conmigo. La corta distancia que va del amor al desprecio, la frágil razón que convierte un cielo despejado y azul en un cielo amenazante, desabrido y oscuro. Este presentimiento absurdo que me invade. Que por qué tengo que comunicar a nadie y menos a María lo que pienso, vamos a ver, como si fuera un niño, lo que verdaderamente siento sin encomendarme a Dios ni al diablo. Nunca estuvo entre mis cualidades la de ser oportuno, la de acertar. Hay gente que va por el mundo diciéndote lo que quieres oír, siempre lo he reprobado, he sentido un rechazo instintivo a esta forma de ser; pero cómo puede ser la gente tan falsa, qué se creerán, midiendo el acomodo más descarado al oído que le escucha, esto es un halago, esto es una mentira.

Siempre he pensado que María tenía derecho a saber todas mis cosas, mis pensamientos, lo bueno y lo malo, lo importante y lo que no lo es; y ella tiene el deber de decírmelas; cuando falle esto, fallará todo y ya ves qué simplismo: lo tonto, lo fútil, lo intrascendente debe callarse, no hay por qué inquietar a nadie gratuitamente. Aunque de lo tonto a lo importante hay apenas un paso, yá se sabe. Y esto que me ocurre no es una tontería, me oprime de verdad, qué le vamos a hacer.

IV

Nada. No puedo hacer nada. Volveré a marcar.

No está allí, entérate de una vez que ha salido a la compra.

Y si hubiera ocurrido algo ya te habrían avisado, ¿a quién si no? Llamen a mi marido, llámenle, al fin y al cabo además de ser mi marido es el que tiene la culpa de este accidente. . . Todo ello si está consciente, claro, que un mal paso, como un tiesto, o una teja o un ladrillo en la calle, puede ser instantáneo. Qué locura, como si de verdad fueras tonto, como si de verdad creyeras que un presentimiento, un mal sueño, un desasosiego inexplicable puede traducirse en realidad. Prohibido volver a marcar el número, prohibido ser imbécil, ponte a trabajar, anda.

—Oye, Marta, ¿tú crees en los sueños?

—Bueno. . .

—¿Tú has soñado alguna vez algo que luego ha resultado cierto?

—Alguna cosa sin importancia. Es más común haber soñado alguna cosa que

antes había sido cierta, algún acontecimiento, algún detalle por mínimo que sea que luego resulta desazonante o placentero, desmesuradamente placentero o desazonante, siguiendo las leyes irracionales donde se desenvuelve. Por el contrario los grandes sueños nunca se cumplen, o casi nunca.

—Claro, eso es lo normal. ¿Y en los presentimientos?

—Me da miedo creer, pero les tengo mucho respeto, y bueno, ¿a qué viene esto? ¿Qué te pasa? Llevas toda la mañana inquieto, ¿se puede saber qué nube cruza tu maravillosa frente?

—Ninguna, no sé. Me siento desazonado. Es una tontería, me ha dado por pensar que me tiene que pasar algo malo, que las cosas me van demasiado bien.

—Y te pasará; alguna vez, los que tenéis esa estrella que tú tienes en la frente, os encontraréis sorprendidos en medio del bosque por una gran tormenta, pero, en fin, llegáis luego a casa, os secáis al calor del hogar y santas pascuas. No seas tonto, aunque en la vida hay de todo, unos salen siempre más favorecidos que otros y tú estarás entre ellos; pero eso que dices me suena, no sé dónde lo he leído, es la trampa de los elegidos de la fortuna: el hombre no está preparado para ser feliz y no se resigna a ello; si le falta la desgracia, la busca incluso donde no está, así se iguala con el común de los mortales.

—Vaya, ya salió la sicóloga, ¿cuándo acabas la carrera?

—El mes que viene, cerdo, ¿qué te crees?

—Bueno, bueno, tampoco es eso.

—Anda, repásame esto, que llevo una hora, el jefe dice que algo falla y yo no veo nada: me estoy liando.

—A buen campo has ido a poner la era. Seguro que si lo toco, lo mancho. Uno tiene sus días.

—Y sus noches.

—Las noches alegres y los días tristes.

—Las noches alegres y los días tristes . . . ¿Es el título de tu última novela o acabas de encontrarlo?

—No.

—Por cierto, a ver cuándo sales en los papeles, tanto escribir, tanto escribir.

—Una cosa es escribir y otra publicar. Yo no llevo prisa. Por ahora soy un autor incomprendido, aún no he superado el purgatorio de la incompreensión, de la desatención de los que rodean el genio, pero todo se andará, no te preocupes.

—No, si ya sabes que yo creo en ti, aunque últimamente no me enseñes lo que haces; por cierto ¿qué te dice María, si puede saberse? ¿es un crítico exigente o cobista?

—No me hables de María.

Le voy a llamar. No, no le voy a llamar.

Marta está en el despacho del jefe. María no está en casa. Es la una y media y aún no está en casa. Hace unos minutos un pájaro ha bajado a la ventana de la oficina. Un gorrión. Ha estado picoteando los granitos de alpiste que Marta esparce en el alféizar de vez en cuando para que bajen. Como no nos movemos ni tenemos ninguna intención malvada hacia ellos, acostumbran a visitarnos alguno que otro. En una oficina descansa mucho ver a un pajarito en el alféizar de la ventana. Dejamos de escribir a máquina, lo miramos y nos sentimos felices. Son unos instantes de arrobamiento. Si alguien entra en ese momento, el pájaro huye como si vinieran a por él. Marta siempre estuvo un poco enamorada de mí; cuando conocí a María pasó una mala racha, cuando le dije que nos íbamos a casar, hubo llanto y odio y una embarazosa relación deprimente en la que cada uno se defendía como podía en el encontronazo necesario del trabajo; yo no lo tomé a broma, ni me aupé al machito de la despreocupación del que ninguna culpa tiene, no soy proclive a esta clase de pecados de la inconsciencia, y al cabo, a mi manera, también quiero a Marta. Pasamos una mala racha ya lo he dicho, pero terminamos hablando y aquello se calmó: ahora tiene novio, aunque me sigue queriendo, eso salta a la vista, está un poco más distante y puntillosa que antes, sin exagerar tampoco; no tiene excesivo cariño a María, aunque diga otra cosa, y sin embargo María no tiene celos en absoluto de ella. Es curioso el caso de María, la confianza que tiene en mí, eso que sabe todo lo que hay entre Marta y yo, todo lo que ha habido. No tengo dos mujeres; mi verdadera mujer es María y a Marta la quiero de otra forma, ahora guardando algunas distancias; antes regañábamos más, pero también nos lo pasábamos bien, fuera de la oficina, algunos fines de semana nos íbamos de excursión, al final terminamos por hacemos daño y eso que siempre tuve claro que vivir, lo que se dice vivir para siempre, con Marta no podría ser, siempre lo tuve claro. Somos buenos amigos y ya está. La única mujer de mi vida con quien he cerrado los ojos es María. Y ahora estoy preocupado por ella; me parece que está ligando con alguien que se haya encontrado por la calle, en la cafetería. . . no lo puedo soportar. Casi preferiría, Dios me perdone, llevarla en una silla de ruedas toda la vida que se hubiera caído por las escaleras rodando antes de hacerme tal cosa.

¿Sería capaz María de engañarme? Y ¿por qué me atormento por estas cosas, por qué me ha colgado el teléfono?

La verdad es la siguiente: es la primera vez desde que nos casamos, que tampoco hace mucho, que María se enfada. Rara vez se suele enfadar, es paciente conmigo, con mis manías, y, desde que la conozco, podría contar con los dedos de las manos las veces que me ha mandado a paseo. Me duele haberle herido. Estoy seguro que no me estará engañando, pero ello no quita que lo haya podido pensar y me haya atormentado con la idea, me atormente. Ni me estará engañando ni se habrá caído por las escaleras ni tendré que pasearla en una silla de ruedas.

Dentro de unos años tendremos un hijo, mejor dicho, tendremos dos hijos y no nos importa que sean niños o niñas o niño y niña, no nos importa. Ahora somos

felices, todo lo felices que se puede ser, teniendo que dejarla todas las mañanas para venir a esta oficina a luchar con unos papeles que nada me interesan.

Ella dice que un día podremos vivir de lo que escribo, es muy ignorante en estas cosas, ilusa quizás sería la palabra; pero a mí me gusta que sea ilusa, pues no le doy un sentido peyorativo al término, me gusta que se ilusione, porque tiene la capacidad de contagiarme, de engañarme.

María pinta; ahora, sigue un curso, por las tardes, en la Escuela de Artes y Oficios de nuestra ciudad. Tiene una gracia para la pintura por la que sé que, al final, conseguirá fraguarse una identidad en este arte que a mí me parece tan difícil. Aunque ahora anda enredada en academicismos, lo suyo es el naif: casitas blancas de tejado rojo dispuestas como en orden de batalla, calles llenas de viandantes, plazas donde una legión de niños juega al balón, varias mujeres llenan los cántaros en la fuente, un señor vende helados, otro periódicos, la fragua de la esquina tiene una gran puerta que nos deja ver, en el interior, a los obreros domeñando el hierro, el cura contempla el panorama desde las escalinatas de la parroquia, el verde profuso de la vegetación neutraliza, barroquizante, tanta elementalidad, tanto encanto primitivo, y bandadas innumerables de pájaros blancos, todos en la misma dirección, descargan la rotundidad de un cielo azulísimo.

He llamado diez, doce, no sé cuántas veces a casa. No ha llegado y, qué quieres, a pesar de que pienso que hoy tengo un mal día y que me estoy desasoségando hasta tal extremo que me avergüenza, siento una tentación desmesurada de irme a casa ahora mismo, antes de la hora, dejar estos papeles malditos sin dar ninguna excusa, salir corriendo a ver qué ocurre, porque María no coge el teléfono y cómo iba a estar allí sin contestar y cómo va a durarle la compra tres horas, o el enfado. . .

VI

En mi reloj son las dos, estoy nervioso, me siento angustiado, con el corazón incómodo como si estuviera encerrado en una jaula y quisiera salir, como un pez que, de pronto, ha crecido tanto que la pecera le resultara insuficiente, da velortazos y de un momento a otro va a saltar, a romper el cristal y luego qué, Dios mío, sin agua, sobre el suelo o sobre un mueble, inquieto, ahogándose, sin que nadie lo advierta. Quiero llegar a mi casa, soy joven para que el corazón me juegue una mala pasada. Quizá el presentimiento se cumpla en mí, el mal presentimiento, y no en María, pues siempre proyectamos los miedos sobre quien más queremos, sobre quien más necesitamos.

Me doy cuenta de que me canso al subir las cuestas y parece como si el camino que he de recorrer fuera más largo que el de todos los días, a pesar de mi apresuramiento.

Verdaderamente mi casa está en lo más alto de la ciudad.

Estas calles son estrechas y laberínticas, están deshabitadas, el gozo que he experimentado en tantas ocasiones en caminar por ellas, se vuelve ahora desasosiego, incomodidad, todo lo que en otras ocasiones fue armonía ahora es angustia.

Tengo que serenarme, me falta el aliento como a un enfermo, como a esa gente ya madura que, a veces, nos cruzamos en las cuestas avanzando trabajosamente, que disimulan su insuficiencia con cualquier motivo, al paio, a causa de su obesidad o de sus años. Tengo que serenarme.

Me voy a sentar en ese poyo de la iglesia para ver si me tranquilizo; Dios mío, no tengo ninguna razón para preocuparme.

Tengo varias razones: no me encuentro bien, tengo unos pálpitos que me alarman, desconocidos en circunstancias similares, estoy sudando, como si algo interior se sintiera obstruido y quisiera salir como fuera, por las gotas de sudor que me bañan, María no ha cogido el teléfono porque creía que estaba jugando con ella, metiéndole miedo en el cuerpo, quizás ha sentido verdadero despecho por mi manera de ser tan infantil y ha pensado: este tío es un imbécil, un imbécil rematado, yo me he casado con un verdadero imbécil, con un dindaina, din-dan y nada de nada, que es lo que soy y he sido siempre, no nos engañemos, un chupatintas sin oficio ni beneficio auténticos, iluso escritor diletante, un don nadie, proyectado a la medianía más absoluta, que un día u otro terminará por hacer lo que el común de los mortales, esperar el sueldo, rasarse la cabeza al comprobar que con eso no se puede vivir decentemente, hablar mal del jefe, sentirse un fracasado, resentirse de todo, olvidarse de sí mismo, pedir a los demás que le olviden, pero ¿y ella? ¿quién es ella?

No puedo pensar estas cosas, todo esto es una locura, un vértigo, ¿cómo puedo pensar de ella lo que acabo de pensar? Dilo de una vez; no lo digas, no pronuncies ese adjetivo, porque no es a ella a quien se lo dices, sino a ti mismo, para sentírte más lastimado de lo que te sientes. Trata de recobrar la razón. Si le hubiera ocurrido algo, se hubiera caído, si se hubiera mareado en el mercado, no te lo perdonarías nunca. Ella es buena, no lo dudes jamás, y todo lo bueno que tú pudieras tener, si es que tienes algo, se lo debes a ella, es suyo, no te niegues esta suerte que tantas veces le has reconocido. Cálmate. Al menos, enjúgate un poco la cara con el pañuelo.

No tienes pañuelo, ya no te acordabas de que no llevas pañuelo, pero debes componerte un poco, levantarte, ir hacia tu casa, llegar como sea, porque como sigas por este camino vas a sufrir un infarto a tus años por una memez, por un presentimiento; o una angina de pecho; nunca te preocupaste por conocer cuáles eran los síntomas, como si fuera algo que no pudiera ocurrirte. Levántate y anda, hermano.

Sudo copiosamente, debo llevar la cara desencajada; si me viera alguien diría: ¿qué le pasa a ese? No tengo pañuelo, me estoy limpiando el sudor con la mano, siento unas ganas incontenibles de llorar, voy como un niño, soy un niño, perdido; he de sacar las llaves del portal. Sácalas del bolsillo, hombre.

Hablas contigo mismo desdoblándote, como si fueras dos personas, el que te pide calma y el que la necesita, el descontrolado y el que trata de conseguir que puedas controlarte, el que piensa que nunca llegarás a tu casa y el que ve que apenas te quedan unos metros, que ya estás viendo la puerta. Saca las llaves, anda.

Me tiembla la mano, menos mal que no pasa nadie por la calle, me tiembla la mano, no acertaré a entrar la llave, no acierto.

Lo has conseguido.

Cuidado que quien se puede caer por la escalera eres tú. La llave de tu puerta, la llave; te tiembla la mano, no puedes dominarte, Dios mío, no puedo dominarme.

— ¡María!